

Libro: ¿Quo vadis?

HECTOR MUJICA*

Mi obra *Sociología de la Comunicación*, que ha tenido la buena suerte de vender tres ediciones, se inicia con un epígrafe extraído del libro de Maurice Blanchot, *El libro que vendrá*, que reza así: "En medio del estallido del universo que sufrimos, ¡prodigio!, los pedazos que caen están vivos".

Desde la publicación de la obra de Blanchot (Caracas, Monte Avila, 1969), un libro hecho a base de ensayos que durante años publicó como *Recherches* en *La Nouvelle Revue Française*, no he dejado de reflexionar acerca del destino de libro que todos hemos conocido, leído, manoseado, criticado, escarnecido, vilipendiado, elogiado, exaltado y elevado a la categoría de lo excelso, en muchos casos, pero desde una óptica distinta a la puramente literaria de Blanchot, cuyos ensayos acerca de Proust, Mallarmé, Borges, Breton y otros, son francamente dignos. Acaso porque la primera lección que recibí de Filosofía de ese gran maestro que se llama Juan David García Bacca versó exclusivamente acerca de un verso de Mallarmé (la flor, en singular, es la eterna ausente del ramillete concreto), los ensayos de Blanchot me introdujeron en un mundo que no sólo es suyo, sino de todos nosotros, de quienes amamos el oficio de la escritura.

* Ponencia de Héctor Mujica, de Venezuela, presentada ante el II Congreso de Escritores de la lengua española. Caracas, 1981).

Blanchot se plantea *el secreto de la escritura* desde el ángulo proustiano de la existencia. ¿Puede existir un relato puro? se pregunta. Y se responde que cualquier relato, "aunque sólo fuese por discreción", *procura disimularse en la espesura novelesca*. Son sus palabras. Acaso por ello colige que "hay en su obra (la de Marcel Proust) *una imbricación tal vez engañosa, aunque maravillosa, de todas las formas del tiempo*".

Esto es verdad, y lo puede corroborar quien haya gustado, degustado y regustado *A la recherche du temps perdu*, una obra que, a los ojos de la llamada sociedad posindustrial de nuestros días, de trasbordadores *Columbia*, rayos Láser, satélites poderosísimos de comunicaciones, armas termonucleares de destrucción masiva, bombas de neutrones sólo-mata-gente, y un mundo en trance de morir o de parir un mundo nuevo, son como aquellas páginas de Thomas Mann en *Los Buddenbrook* y *La montaña mágica*, quien, como un novelista de menor amplitud que la suya se formuló la misma lacerante reflexión: *El artista es el último en hacerse ilusiones respecto a su influencia sobre el destino de los hombres*. Me refiero, por supuesto, al alma atormentada de Stefan Zweig, quien en su *Autobiografía*, publicada poco antes del pistoletazo de Petrópolis, incapaz de entender el mundo del nazismo y ya flaco de fuerzas para enfrentarse al mundo *que vendría o que vendrá*, nos dejó aquellas inolvidables páginas sobre su *Gimnasio alemán*, tan deliciosamente pequeño burgués, como habría dicho Thomas Mann en *La Montaña Mágica*, sucumbido en los prolegómenos de una sociedad capitalista de nuevo tipo que su alma no podía ni siquiera columbrar.

La asombrosa paciencia, de la cual nos habla Blanchot en su reflexión sobre Proust y *El tiempo recobrado*. Las reminiscencias, la metamorfosis, la transmutación de cosas y situaciones, la imbricación de pasado y presente llegan hasta allí. Pero 1981 es otra cosa. Y desde la década de los 60 estamos asistiendo, sin quererlo y sin saberlo, al funeral del libro en el mundo capitalista. *El libro*, entiéndase bien, como lo concibieron los escritores hasta los albores de la II Guerra Mundial.

Cuando el joven Goethe decía —asegura Blanchot— "no cabe la posibilidad de un buen final", hablaba, ciertamente, el autor de *Werther*. Pero faltaba mucho para que en 1910 naciese en Hollywood el *star system*. A Goethe le salvó su concepción apolínea de la vida y de la literatura. Mas no así a la generación maldita de los poetas franceses del siglo XIX, ni a la llamada, por Gertrude Stein,

generación perdida de Estados Unidos. Desde Verlaine y Baudelaire (para no hablar de Lautréamont) la poesía, es decir, la creación literaria, tomará un curso definitivamente dionisíaco y satánico. Gérard de Nerval, autor del más bello soneto de la poesía francesa, y gracias a su genio con un bello título en español, *El desdichado*, morirá colgado en una oscura callejuela de París.

Más tarde, mucho más tarde, a partir de Jean Jaurés y de la fundación de *L'Humanité*; a partir del *J'accuse* de Zola, y, después de la segunda guerra mundial con la llamada *literatura comprometida*, acaso un epígono de la creación surgida en las letras y las artes en la Rusia bolchevique de V. I. Lenin, sobrevendrán una o dos generaciones inmersas en el mundo del combate frente al fascismo. Mas, pasados los años de la segunda posguerra, una suerte de nihilismo total, de nirvana estupefaciente, se ha apoderado de todos los espíritus.

O de los más clarividentes de entre ellos.

El propio Blanchot se plantea lo que, a su juicio, es la esencia misma de la literatura: su desaparición. Se basa en la famosa frase con que inicia su clase de estética el joven Hegel: *el arte es cosa pasada para nosotros*. Y su pesimismo llega más lejos. En su ensayo, o *recherche*, *Muerte del último escritor*, dice textualmente: "Es posible imaginarse al último escritor con quien desaparecería, sin que nadie lo supiera, el pequeño misterio de la escritura. Para hacer un poco fantástica la situación, se puede imaginar que ese Rimbaud, aún más mítico que el verdadero, *oye callar en sí esa palabra que muere con él*".

Es el acto de escribir el que importa. No lo son ni la edición o ediciones, ni los tirajes, ni el nombre, el poder y la gloria. "Tras la gloria viene el renombre, dice Blanchot. El renombre se recibe más estrechamente en el nombre. . . Muchos críticos, concluye, hoy todavía, parecen creer sinceramente que el arte y la literatura tienen la vocación de eternizar al hombre.

¿Y QUE SERA EL LIBRO?

Hasta aquí mis co-reflexiones con Maurice Blanchot, que suscitaron en mí, desde la primera lectura de sus búsquedas, una suerte de

sensación de pesimismo, frustración y ¿por qué no decirlo?, *desolación*.

Mas, como estudioso de la *industria cultural* de nuestro tiempo, que hizo del *colportage* del siglo XIX una producción en serie; del *comic* un fenómeno universal; que produce best-sellers como peloteros las grandes ligas; que fabrica hasta Premios Nobel; que está inmersa las veinticuatro horas del día de nuestro cotidiano vivir, y que ha transformado en *empresas transnacionales* la industria del cine, del disco, de la radio, de la televisión; con héroes que ya suplantaron en la mente neocolonizada del llamado "tercer mundo" a los héroes de la literatura auténtica, del libro veraz; que ha hecho de *Superman*, *Mickey Mouse*, *El fantasma*, *El hombre nuclear* y *La mujer maravilla*, diseñados los primeros para demostrar "el destino manifiesto" de un imperio y los dos últimos imbricados en la crisis energética y destinados "a la lucha por la democracia en el tercer mundo", ya no sólo me produce desolación, como el libro de Blanchot, sino consternación y apremio.

Porque ahora entra en escena el escritor. Ya no se trata de los autores de *best-sellers*, tan solicitados por la industria cultural, ni de la producción en serie de libros de bolsillo, *livres de poche* o *poCKET'S book*, sino de la penetración de las grandes empresas transnacionales dedicadas a la fabricación de armas de guerra y de complots militares, especializadas en desestabilizar gobiernos democráticos y progresistas, como el caso del Presidente mártir, Salvador Allende y la ITT, en el negocio del libro. Ya sabemos lo que ocurrió y sigue ocurriendo, en mayor escala, con la "gran prensa". Y sabemos de los nombres del barón Axel von Springer, de Alemania Occidental; Paul Hersant, de Francia, y Lord Thompson, de Gran Bretaña, cuyos dominios llegan hasta la vecina isla de Trinidad.

Ahora es la adquisición de la centenaria *Hachette* (enero 1981) por el consorcio *Matra*, estrechamente vinculado a la *Dassault*, que el gobierno del Presidente Francois Mitterand nacionalizará próximamente.

Son los casos, en Estados Unidos, de la adquisición, por la RCA, la CBS, la ITT, la MCA (Music Corporation of America), la petrolera Gulf and Western y la Herts Corporation de viejas y prestigiosas casas editoriales como Alfred A. Knopf, Pantheon Books, Ballantine Books, Fawcett, Bobbs-Merrill (que cayó en las garras de la ITT) y Simon & Schuster (ésta comprada por la Gulf), entre otras lo

que hace también de la industria del libro una parte del complejo militar-industrial-cultural del Imperio.

Y, como si fuera poco, el consorcio Agnelli, de la Fiat, acaba de adquirir la prestigiosa Editorial Fabri.

Y sépase que la Fiat no sólo produce automóviles, sino aviones a reacción.

Ante este Congreso, ante tantos escritores de nuestra lengua reunidos aquí, en esta Caracas tan contradictoria, debemos preguntarnos, y reflexionar desde ahora en esta pregunta:

¿Libro, quo vadis?